

# PISCINA PRIVADA

Cuando abrimos, ahora, un periódico de hace cincuenta años, encuentran nuestros ojos la radiografía más penetrante y abarcadora de aquel tiempo. Estará en las noticias propiamente dichas la crónica de los acontecimientos, como en los renglones del editorial y del comentario podrán reconocerse las tendencias que unas veces llegaron a ser realidad, se quedaron otras -¡cuántas!- en la intención. Pero si nos falta tiempo -o vocación, o gana- para un análisis completo, quedémonos en las planas de los anuncios. Allí hay siempre un documento simple, rápido, de inmediata utilidad para saber qué gastaban, es decir, cómo vivían, es decir, cómo eran los hombres de aquel tiempo. Si alguna locura planetaria no acaba un día con estos caros almacenes de papel impreso, lectores curiosos de mucho después podrán revivirnos a nosotros mismos. Y alguien, sagaz, advertirá todo el cambio apresurado de unas décadas que valen por siglos.

En el diario de esta misma mañana, en su publicidad, alienta todo ese afán de confort y nivel de vida que señala a nuestro tiempo. Los electrodomésticos -tenían que ocurrírse nos en primer lugar-; los automóviles, ya ofrecidos con halagos, ¡quién lo diría!, casi con reverencia; el apartamento de lujo en el "habitat" que -nos dicen- "usted merece"; el safari a África y el viaje de ida y vuelta al Japón... Vano sería asombrarse, cuando es el periódico nuestro de cada día. Sin embargo, un amplio espacio invitatorio ha retenido mi atención. Hay que tener unos metros de tierra propia, es verdad; pero la propaganda arranca de un halago, y tal como el Banco que nos ofrece sus servicios está suponiéndonos en posesión de unas pesetas, así aquí se piensa que los lectores -al menos un buen número- no seremos tan pobres que nos falte un pedazo de tierra donde caernos muertos; o sea, donde montar una piscina. Pues de la piscina se trata. Bastan dos o tres semanas para tenerla completa, con su color purísimo, con sus barandillas y asideros y trampolines. Entonces la casa, aun la más modesta, incluso una choza, adquiere un luminoso prestigio; y su propietario siente que él mismo ha ingresado en una especie de club. Lo demás ya será fácil y de añadidura: el sillón para sentarse a contemplar la vida en azul, mientras la mano displicente mueve en el vaso los pedazos geométricos de hielo.

Volvamos atrás sin ira. En tiempos donde arranca mi recuerdo, la gente elegía entre dos aguas para bañarse: el río o el mar. Los mozos de tierra adentro eran, naturalmente, fluviales; y, por, cierto, muy buenos braceadores y buceadores, mientras los costeros no lo son siempre; que hasta se encuentran mareantes, de oficio

que no saben nadar. Había, es verdad, algunas albercas (que es como se sigue nombrando a las piscinas en el ejemplar castellano olímpico de Méjico). Y dicen, cuentan, hay quien asegura que ya entonces existían piscinas privadas en la umbría de algunos privilegiados. Y que a veces -rizar el rizo- estaban a veinte metros del mismísimo mar, como manda el verdadero lujo: el que aconseja aperitivos para darle ganas al amor, pequeñeces saladas para traer la sed que luego nos traiga las ganas de beber... En alguna película -¡cosas de cine!- se veían parejas bailando lánguidamente en un hotel de lujo, alrededor de una piscina así. Luego pasaron muchas cosas y empezó a cambiar la vida. Sería una sociedad recreativa con discurso inaugural de "mens sana in corpore sano", o lo municipal o lo sindical, y empezaron las instalaciones "ad hoc", anchas y generosas, más pronto insuficientes para una humanidad apretada. Con su héroe y todo: ese atleta de piscina, verdadero o ficticio, que exhibe sus tendones como en un anuncio de "Sea usted un hércules en 15 días". Y, naturalmente, con su reglamento y sus vigilantes. La gente, como que iba a bañarse; se resistía sobre todo a la prevención de la ducha. Vino la industria del turismo y ayudó más. Si uno viaja por las carreteras quemadas del verano íbero, y en sabiendo inglés, pronto encuentra la "swimming pool" que alivie sus sudores.

Y, en fin, ahora llegamos a los recuadros de los periódicos, proponiendo piscinas privadas como quien aconseja un refresco de limón, un detergente de compra inmediata y fácil, -una hoja de afeitar. Los mandan poner -y los pagan- hombres de negoció, gente nada romántica. Entonces, estad seguros de que existe una suficiente clientela presunta. Porque si alguien tiene que ofrecer productos de necesidad para unos pocos -digamos, por mero ejemplo, el fabricante de mitras-, no necesita miles y miles de ejemplares impresos: manda un propio, y ya está. Piscinas, por lo que vemos, se pueden vender, a muchos. Bien sabemos: que son más; bastantes más, quienes padecen penurias de espacio y de las otras. Que cualquier, estadística falla por aquello de la cantidad de pollos y la población que se los come. Pero eso es otro cantar. Hoy sólo quería uno -mañana ya veremos- aludir al nuevo, peldaño en la escalera del confort. Y señalar una nota que nos parece hallar como constante en todo este fenómeno de nuestro tiempo: el afán de convertir en privadas las conquistas. La lavadora hogareña, incluso en las aldeas, ha sustraído los trapos de cada familia al lavadero común. La secadora eléctrica está arruinando al folklore de las cuerdas en las ventanas. El coche propio sustituye al tren y al autobús colectivo, la televisión al casino y al cine. Y ahora, las piscinas particulares... A lo mejor es la condición natural del hombre, su tendencia al apartamiento, disimulada a lo largo de los tiempos por la necesidad -no por el gusto- de apoyarse en sus semejantes. A lo peor es el niño egoísta que aún llevamos dentro, aquel que chupaba en soledad su caramelo, más dulce si le faltaba a los otros niños. Psicólogos hay, ahora como jamás. A ver qué cuentan.

**Antonio PEREIRA**